

HOMILÍA

Lunes:

**XI Semana de Tiempo
Litúrgico Ordinario
(1 Re 21,1-16; Sal
5,2-6; Mt 5,38-42)**

**Monseñor Ricardo
Antonio Tobón
Restrepo
Arzobispo de Medellín
Delegado del CELAM**

LA PRIMERA LECTURA

- Cada vez que escuchamos el relato del primer Libro de los Reyes, que nos trae la Liturgia en la primera lectura de hoy, no logramos quedarnos indiferentes ante la injusticia tan grande cometida contra Nabot. Es una descripción maestra de cómo anida el mal en el corazón de las personas y cómo tiene nefastas consecuencias en la sociedad. Ningún pecado viene solo; siempre se presenta en compañía de otros y realiza una acción de conjunto con otros.

- Todo empieza porque Ajab, el rey de Israel, no vive la ley de Dios que guía a Nabot. Así le abre espacio en su interior al egoísmo, a la codicia, a la envidia. Y en su deseo de apoderarse de la viña de Nabot, le ayudan la soberbia y el abuso de poder de su esposa Jezabel. De esta manera, se configura la perfidia y la mentira. Se termina con el crimen horrendo del asesinato de Nabot y el robo de su propiedad (1 Re 21,1-16).

- Lo triste, queridos hermanos y hermanas, es que esto no acontece solamente en Samaria hace 2600 años. La fuerza del mal sigue actuando en el mundo en que vivimos, en la sociedad en que tra-

bajamos, más aún, sigue presente en nuestra propia vida. El mal no es una fuerza anónima que opera por mecanismos impersonales. El mal tiene el nombre y el rostro de las personas que con su libertad humana lo eligen.

- Al ver las consecuencias nefastas del mal, todos quisiéramos acabar con él. Constatamos cada día que nos impide ser la imagen y semejanza de Dios, que imposibilita nuestra convivencia en paz, que retarda un desarrollo integral para todos en la equidad y la justicia. Sin embargo, muchos ensayos e intentos para destruir el mal terminan, con frecuencia, en nuevos y peores males.

EL EVANGELIO

- Nuestro Señor Jesucristo quiere enseñarnos a acabar con el mal en el mundo y en nuestro propio corazón. Este es, precisamente, el gran proyecto, la gran empresa que él vino a poner en marcha: arrancar el egoísmo de la vida de cada persona y de la historia y poner allí a Dios. Que Dios reine en cada ser humano y en toda la sociedad para que haya gozo, justicia y paz en el Espíritu Santo (cf Rm 14,17).

- Jesús es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29). Su misión es liberarnos del mal que nos esclaviza, que nos enfrenta los unos con los otros, que retarda la realización del plan de Dios. En el Evangelio de hoy, Jesús nos muestra un camino para acabar con el mal: *“No hagan mal a quien los ofende”*. Descalifica la ley del Talión, que ya era un logro de la justicia al mandar que no se le hiciera a otra persona una ofensa mayor que la que de ella se ha recibido.

- Jesús quiere enseñarnos una “justicia mayor”, que supere el “ojo por ojo”, que vaya más allá de la los escribas y fariseos para que podamos entrar en el Reino de Dios (cf Mt 5,20). La explica, entonces, a partir de situaciones concretas: si uno te abofetea en la mejilla derecha preséntale la otra, al que te quiera quitar la túnica entrégale también el manto, al que te obligue a andar una milla acompáñalo dos, si alguien te pide dale, al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda (Mt 5,38-42).

- No se trata de una casuística concreta a la que hay que ajustarse minuciosamente. Jesús, como

buen maestro, usa en una cultura oral frases que impacten por contraste y hagan camino en el interior de las personas. Los términos contrapuestos y las imágenes chocantes lograban el asombro, la memorización, la reflexión y la vida nueva en los oyentes. Tampoco enseña un pacifismo acrítico o un victimismo vacío. En efecto, cuando él es abofeteado enfrenta el mal con la verdad exigiendo que se le muestre en qué no ha obrado correctamente (cf Jn 18,23).

- Esta lección de Jesús nos sitúa en el centro mismo del Evangelio, nos descubre a Dios y su plan sobre la humanidad. Dios es amor, gratuidad total, y nos quiere a su imagen y semejanza viviendo en el amor y participando de su plenitud. Por eso, no podemos entrar en la dinámica del mal. Tenemos que entrar en la nueva justicia de la donación, de la gratuidad, de la misericordia, del bien. San Pablo lo expresa con una fórmula precisa: *“No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal a fuerza de bien”* (Rom 12, 21).

- Ordinariamente, queremos vencer el mal con el mal; nos parece lo más natural y, sin embar-

go, terminamos destruyéndonos y destruyendo a otros. Por eso Jesús nos acaba de decir: *“No hagan mal a quien los ofende”*. Esta propuesta, en un primer momento, puede parecernos impracticable. Pero es posible porque, antes, nosotros hemos sido amados por Dios; hemos conocido el amor (cf 1Jn 4,16). Dios es amor y, en su Hijo, nos ha dado lo más íntimo de sí mismo. Con ese amor hemos sido amados y en ese amor estamos llamados a permanecer (cf Jn 15,9).

- Podemos vencer el mal a fuerza de bien, porque Jesús lo ha hecho. Pasó haciendo el bien (cf He 10,38) y cuando las fuerzas del mal se confabularon contra él, descalificó el mal a fuerza de humildad, de obediencia y de amor por el Padre y por la humanidad. No se dejó quitar la vida; él la entregó. Su vida no se perdió, pasó a los suyos, a los que había amado hasta el extremo. Esa vida la tomó el Padre y la glorificó; es la resurrección. Ahora, nosotros debemos hacer lo mismo, construir la sociedad y la historia, venciendo el mal a fuerza de bien. Urge desmontar el mal y desactivar la violencia ante todo en nosotros mismos, porque la gran victoria

del mal es volver malo al ofendido, el mayor triunfo de la agresión es volver violento al agredido.

APLICACIÓN

- En la época que vivimos tenemos que ir a lo esencial. Nos ha tocado un cambio cultural sin precedentes, la Iglesia vive momentos difíciles, se nos ha encomendado una misión que no admite superficialidad y derrotismos. Estamos llamados a entregarnos, a ser signos humildes y transparentes del amor gratuito e inefable de Dios. Esto es lo que, en particular, la Iglesia espera de la Vida Consagrada. Como fuerza de avanzada que Dios ha puesto en su Iglesia, la Vida Religiosa debe ser signo y profecía de la posibilidad del sermón de la montaña que estamos comentando.

- La Iglesia necesita purificarse. Jesús pudo vencer el mal, porque también pudo decir: ¿quién me demuestra que he cometido pecado? (Jn 8,46). Para vencer el mal la Iglesia debe estar limpia y entregada a los demás. La Iglesia hoy, como nunca, está llamada a la unidad; en esta hora en que todo se transforma tenemos una ocasión privilegiada para implantar los valores del Evangelio, pero

debemos estar unidos, pues todo reino dividido será combatido (cf Mt 12,25). La Iglesia necesita hoy más ardor apostólico, necesita sentir con Cristo que ha venido a traer fuego a la tierra y que no quiere sino que arda (cf Lc 12,49); por tanto, es apremiante el testimonio y la misión específica de la Vida Consagrada.

- Las Religiosas y los Religiosos tienen el deber y la alegría de mostrar con la propia vida que es posible seguir radicalmente el Evangelio, que las Bienaventuranzas no son una utopía y que el mal se combate a fuerza de bien, de amor, de misericordia. Pueden mostrarle a la Iglesia y al mundo que así obra Dios. Para vivir y anunciar esto es necesario, como se proponen en esta Asamblea, escuchar la Palabra del Señor, percibir qué les dice hoy el Espíritu. Recordemos que una sola Palabra de Dios bastará para sanarnos.

- El testimonio y la misión que la Iglesia necesita de la Vida Consagrada deben vivirse con responsabilidad, pues se requiere la generosidad y la participación de todos. Deben vivirse también con alegría; donde no hay alegría no está el Espíritu de Dios. Y deben

vivirse, finalmente, con esperanza; podríamos decir que lo mejor está por venir; el Señor nos garantiza que la semilla diminuta se volverá un gran árbol en el que encontrarán cobijo los pájaros del cielo (cf Mt 13,31-32).

- Qué bueno saber, como dice el Concilio, que la restauración del mundo está definitivamente decretada (cf GS, 39). Nuestros esfuerzos, nuestros trabajos, nuestros sueños no serán en vano. El Reino de Dios está destinado al éxito. La esperanza no falla (cf Rm 5,5). Que la Santísima Virgen, tan fiel para seguir el plan de Dios, tan humilde y disponible para escuchar la Palabra del Señor, nos guíe con su ejemplo y nos ayude con su intercesión.